

1

Adam Bloom estaba sumido en una pesadilla. Ya la había tenido con anterioridad, y en ella se encontraba en su consulta del centro de Manhattan tratando a una paciente, puede que a Kathy Stappini o a Jodi Roht —las cuales, curiosamente, sufrían de agorafobia—, cuando de repente su despacho se convertía en una habitación cuadrada y blanca, del tamaño de la celda de una cárcel, y Katy o Jodi se transformaba en una gran rata negra. La rata tenía unos dientes largos y no paraba de perseguirle por todas partes, saltando hacia él, emitiendo un fuerte sonido sibilante. Entonces las paredes empezaban a acercarse, acorralándolo. Intentaba gritar, pero no era capaz de articular ningún sonido, y de pronto aparecía una escalera larga y estrecha. Trataba de subir corriendo por ella, pero sin lograr llegar a ninguna parte, como si estuviera intentando subir por una escalera mecánica que bajara. Entonces miraba por encima del hombro, y la rata era ya enorme, del tamaño de un rottweiler, y le estaba dando alcance, los largos colmillos al aire, a punto de arrancarle la cabeza de un mordisco.

Sintió que le tiraban del brazo. Asustado, intentó darse la vuelta del otro lado, y entonces oyó: «Mamá, papá, despertaos, despertaos».

Abrió los ojos, momentáneamente desorientado, aterrorizado por la rata gigante, y entonces cayó en la cuenta de que estaba en su cama de su casa de Forest Hills Gardens, con su esposa, Dana, acostada a su lado. Tuvo la reconfortante y calmante sensación que seguía siempre a una pesadilla, un desbordante sentimiento de tranquilidad de que todo iba a ir bien, de que, después de todo, el mundo, gracias a Dios, no era un lugar tan terrible.

Pero entonces oyó susurrar a su hija:

—Hay alguien abajo.

Marissa había terminado la carrera de Historia del Arte en Vasar el año anterior —una elección que no había entusiasmado precisamente a sus padres— y estaba viviendo de nuevo en casa, en la habitación en la que había crecido. Últimamente su comportamiento dejaba que desear, emperrada en llamar la atención a todas horas. Tenía varios tatuajes —incluido el de un ángel en la zona lumbar que le gustaba mostrar llevando camisetas que dejaban la espalda al aire y vaqueros de tiro bajo— y recientemente se había hecho unas mechas rosas en su pelo trigueño y corto. Se pasaba los días escuchando una música espantosa, enviando correos electrónicos, *blogueando*, mandando mensajes de texto, viendo la televisión y yéndose de juer-ga con sus amigas. A menudo no llegaba a casa hasta las tres o las cuatro de la madrugada, y algunas noches ni siquiera volvía, «olvidándose» de llamar. Era una buena chica, pero Adam y Dana llevaban tiempo tratando de animarla a poner en orden su vida.

—¿Qué pasa? —preguntó Adam. Estaba medio dormido todavía, un poco atontado, aún a vueltas con el sueño. ¿Qué significaba la rata negra? ¿Por qué era negra? ¿Por qué siempre empezaba siendo una paciente, una mujer?

—He oído un ruido —le explicó Marissa—. Tenemos un intruso.

Adam parpadeó con fuerza un par de veces para despertarse del todo, y dijo:

—Puede que sólo haya sido un ruido provocado por el asentamiento de la casa, o el viento...

—No, te lo aseguro. Hay alguien abajo. He oído pasos y cosas moverse.

Dana también se había despertado, y preguntó:

—¿Qué está pasando?

Dana tenía cuarenta y siete años, igual que Adam, aunque estaba envejeciendo mejor que él. A él le estaban saliendo canas, se estaba quedando calvo y tenía algunos michelines, sobre todo en el estó-

magos, pero ella llevaba mucho tiempo yendo al gimnasio, en particular durante el último año más o menos, y tenía un cuerpo fantástico del que podía presumir. Habían tenido algunos problemas conyugales —habían estado a punto de iniciar un proceso de separación cuando Marissa estaba en el instituto—, pero las cosas habían mejorado en los últimos tiempos.

—He oído a alguien abajo, mamá.

Adam estaba agotado y lo único que quería era volver a dormir.

—No ha sido nada —insistió.

—Te aseguro que lo he oído.

—Tal vez deberías ir a comprobar —sugirió Dana, preocupada.

—Papaíto, tengo mucho miedo.

Lo de papaíto le llegó al alma. No recordaba cuándo le había llamado así por última vez, y se daba cuenta de que estaba realmente asustada. De todas formas, estaba despierto y tenía que ir a aliviar la vejiga, así que de paso bien podía echar un vistazo.

Respiró hondo y dijo:

—Muy bien, de acuerdo —y se incorporó.

Cuando se levantó de la cama, hizo una mueca de dolor. Llevaba unos años con un dolor y una rigidez lumbares intermitentes, una lesión por sobrecarga de tanto correr y jugar al golf. Su fisioterapeuta le había mandado una lista de ejercicios para que hiciera en casa, pero de un tiempo a esa parte había estado muy ocupado con las enrevesadas crisis de un par de pacientes, y no los había estado haciendo. También se suponía que tenía que aplicarse hielo en la espalda antes de irse a dormir y después de correr o hacer ejercicio, y eso tampoco lo había estado haciendo.

Masajeándose la región lumbar con una mano para tratar de relajar la tirantez, cruzó la habitación, abrió la puerta y escuchó. Un silencio absoluto sólo roto por el leve sonido del viento procedente del exterior.

—No oigo nada —dijo.

—Oí pisadas —insistió Marissa en un susurro audible—. Sigue escuchando.

Dana se había levantado de la cama y estaba en camión junto a su hija.

Adam volvió a prestar atención durante unos segundos.

—Ahí abajo no hay nadie. Anda, vuelve a la cama e intenta...

Y entonces lo oyó. La casa era grande —tres plantas, cinco dormitorios, tres baños y un servicio—, pero incluso desde donde se encontraba, al final del pasillo del segundo piso, el repique-teo de una fuente metálica o de un jarrón al ser movido fue muy nítido. Parecía como si el intruso estuviera en la cocina o en el comedor.

Dana y Marissa también lo habían oído.

Su hija comentó:

—¿Lo ves?, te lo dije.

—Ay, Dios mío, Adam, ¿qué debemos hacer? —preguntó Dana.

Parecían aterrorizadas.

Adam intentaba pensar con claridad, aunque le resultaba difícil, porque de pronto él mismo se sintió invadido por la preocupación y el nerviosismo. Además, siempre había tenido problemas para pensar recién levantado y nunca conseguía funcionar bien hasta después de tomarse su tercer café.

—Voy a llamar a la policía —propuso Dana.

—Espera —dijo él.

—¿Por qué? —le preguntó su esposa, con el teléfono en la mano.

A Adam no se le ocurrió una buena respuesta. Había alguien abajo; había oído el ruido con claridad, y era indudable de qué se trataba. Pero una parte de él se negaba a creerlo. Deseaba creer que estaba a salvo, protegido.

—No lo sé —respondió, tratando de mantener la calma y la lógica—. Caray, esto es imposible. Tenemos un sistema de alarma.

—Vamos, papá, sé que lo has oído —terció Marissa.

—Puede que se haya caído algo —replicó.

—No se ha caído nada —insistió su hija—. He oído pasos, y tienes que llamar a la policía.

De abajo llegó entonces el nítido ruido de una tos, o de un hombre que carraspeaba. Pareció provenir de un lugar más próximo que el otro ruido. Adam lo había oído. Parecía como si el sujeto estuviera en el salón.

—De acuerdo, llama a la policía —le dijo en un susurro a Dana.

Mientras ella hacía la llamada, Adam se dirigió al vestidor, encendió la luz, extendió la mano hacia el estante superior y cogió su Glock del calibre 45. Luego se agachó, apartó algunas cosas y abrió la caja de zapatos donde guardaba las balas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Marissa.

Adam seguía agachado, metiendo las balas en el cargador, y no respondió. Había comprado la pistola hacía cuatro años, después de que un par de casas del barrio hubieran sufrido sendos robos. Hacía prácticas de tiro de vez en cuando en la ciudad, en un campo de tiro, el West Side Pistol Range. Le gustaba disparar, y era una manera fantástica de aliviar la tensión y de liberar la rabia de forma segura.

Salió del vestidor con el arma en la mano.

—Joder, ¿estás majara o qué? —le soltó su hija.

Dana seguía al teléfono, terminando de hablar con la operadora del número de la policía en susurros.

—Sí, creemos que está en la casa en este momento... No lo sé... Por favor, dense prisa... Sí... Por favor, corran. —Al terminar la llamada, dijo—: Ya vienen. —Rodeó a Marissa con un brazo, y entonces vio el arma en la mano de Adam—. ¿Qué puñetas haces con eso? —dijo.

Detestaba la idea de tener armas en la casa, y más de una vez le había pedido a Adam que se deshiciera de aquella.

—Nada —respondió él.

—Entonces, ¿por qué la tienes en la mano?

Adam no respondió.

—Guárdala, la policía llegará de un momento a otro.

—No levantes la voz.

—Adam, la policía está de camino. No hay motivo para tener...

Se interrumpió al oír otro ruido. En esta ocasión no hubo ninguna duda: eran pisadas; el tipo estaba subiendo las escaleras.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Marissa, cubriéndose la boca y empezando a llorar.

Una vez más, Adam estaba tratando de pensar, de concentrarse, pero el estrés le ofuscaba el cerebro.

—Escondeos en el armario empotrado —ordenó.

—¿Qué vas a...? —empezó a replicar Dana.

—Nada. Meteos y punto, joder.

—Ven con nosotras.

—Escondeos de una vez... ya.

Dana pareció titubear. El llanto de Marissa era cada vez más fuerte.

—La va a oír —susurró Adam en tono apremiante.

Dana y Marissa entraron en el armario y se escondieron. Él fue hasta la puerta, sujetando la pistola junto a la oreja, apuntando al techo. Prestó atención durante varios segundos, pero no oyó nada. Se hizo la ilusión de que el sujeto había decidido volver a bajar las escaleras; quizás hubiera oído el llanto de Marissa y se marcharía de la casa sin más.

Pero entonces se oyó el crujido de otra pisada en la escalera; el hijo de puta estaba subiendo. Y aquello le afectó como si cayera en la cuenta de ello por primera vez: ¡alguien estaba dentro de su casa!

Se había criado en esa misma casa, y luego, cuando se fueron a vivir a Florida, sus padres se la habían dado siendo Marissa un bebé. Había disfrutado de hacerse mayor en Forest Hills Gardens, tan cerca de todos sus amigos, con aquellas casas y sus grandes patios traseros, aunque el barrio era más seguro en este momento de lo que lo había sido en tiempos. Como cuando tenía diez años y un chico mayor le robó su bicicleta; una tarde se le había acercado sin más con un cuchillo: «Dámela», le había dicho. Siendo adolescente, le habían atracado dos veces en Queens Boulevard, y a los veintitantos —cuando vivía en Manhattan y estaba haciendo el doctorado en la New

School— en una ocasión le habían robado a punta de pistola en el portal del edificio de viviendas de un amigo, en el Village.

Allí parado, con el arma desenfundada, escuchando a que el intruso subiera otro escalón, recordó el espanto y la impotencia que había sentido como víctima; y no quería volver a ser una víctima. Sus pensamientos eran desesperados, aunque trataba de pensar con lógica. *¿Y si el tipo tiene un arma?*, se dijo. *¿Y si está loco de atar?* *¿Y si de un momento a otro se precipita escaleras arriba y empieza a disparar?* *¿Y si me alcanza?*

Imaginó que era alcanzado por una bala y que se caía sin vida en el pasillo, y que luego aquel tipo encontraba a Dana y a Marissa en el dormitorio. El sujeto podría ser un violador furioso. En las noticias siempre había historias de allanamientos, de hombres que entraban a la fuerza en las casas y violaban a las mujeres, aunque él jamás había pensado que tal cosa pudiera ocurrirle realmente a él, en su propia casa.

Pero ahora podía estar sucediendo.

El tipo estaba en la escalera y se acercaba. En unos segundos podría estar en el descansillo, y para entonces sería demasiado tarde.

Todo esto se le estaba pasando a la vez por la cabeza, y no tenía tiempo para reflexionar con claridad. Si hubiera tenido más tiempo, si hubiera podido estar más tranquilo y menos disperso, podría haberse dado cuenta de que la policía iba a llegar de un momento a otro. Había una empresa de seguridad privada en Forest Hills Gardens, y se suponía que el tiempo de respuesta tenía que ser inferior a cinco minutos. Si se encerrara con llave en el dormitorio y se escondiera con Dana y Marissa, probablemente el sujeto no podría hacerles nada. Tal vez probaría a abrir la puerta cerrada del dormitorio, aunque luego se daría por vencido, y la policía llegaría.

Pero en ese momento Adam no estaba pensando en nada de eso. En lo único que pensaba era en lo mucho que quería proteger a su familia, en que no estaba dispuesto a ser una víctima de nuevo y en que algún hijo de puta había entrado a la fuerza en su casa, la casa en la que se había criado, la casa que su padre había comprado en 1956.

Oyó que el individuo subía otro escalón de la escalera, y luego otro. ¿Se lo estaba imaginando o el tipo se estaba acercando más deprisa? En el pasillo sólo había una luz de noche, una pequeña lámpara con forma de vela conectada a un enchufe a la altura del tobillo. Los ojos de Adam se habían acostumbrado, pero seguía siendo difícil ver con mucha claridad. El tipo aparecería en cualquier momento. En cuanto subiera uno o dos escalones más, Adam le vería la cabeza, o a lo mejor ese desgraciado subía corriendo y le atacaba.

Adam estaba de pie junto a la puerta de su dormitorio, y al instante siguiente se encontró en el pasillo, corriendo pistola en ristre mientras gritaba:

—¡Fuera de aquí, cabrón!

Estaba más oscuro cerca de la escalera que junto a la puerta del dormitorio. Adam vio entonces que el intruso no estaba tan arriba de la escalera como había supuesto. Quizás estuviera a la mitad, y pudo distinguir que era un tipo grande, pero eso fue todo.

Entonces vio que alargaba la mano para coger algo. Fue un movimiento repentino, y Adam supo que tenía que tratarse de un arma de fuego. Incluso creyó ver el destello de algo brillante cerca de la mano del desconocido. Si esperaba más tiempo, aquel sujeto le dispararía primero. Luego entraría en el dormitorio como una bala, encontraría a Dana y Marissa y las mataría también.

El individuo empezó a decir algo. Más tarde Adam pensaría en este momento y recordaría que el tipo había dicho: «Por favor, no...», pero ahora todo estaba ocurriendo tan deprisa que ni siquiera fue consciente de que el hombre hubiera hablado. De lo único que tenía conciencia cuando empezó a disparar era del peligro en el que se encontraban él y su familia. No estuvo seguro de si su primer disparo dio en el blanco, aunque el segundo sí, en el cuello o en la cabeza. El tipo estaba cayendo hacia atrás, empezando a desplomarse, y Adam recordó a su instructor de tiro diciendo: «Dispara al pecho, no a la cabeza», así que vació el resto del cargador, y los balazos impactaron en el pecho o en el estómago del sujeto. Éste se des-

plomó entonces y desapareció en la oscuridad, pero Adam oyó aterrizar su cuerpo con un golpazo a los pies de la escalera.

Se hizo un largo silencio, tras el cual se oyó un ruido abajo, pero éste no tuvo nada que ver con el tipo al que Adam había disparado.

Había alguien más en la casa.

Se oyeron unas pisadas, y luego una respiración sonora. Adam no tenía más balas. Si el otro tipo subía las escaleras o empezaba a disparar, estaba jodido.

—¡Largo de aquí o disparo! —aulló.

Fue algo inteligente, puede incluso que brillante. Hacer que el intruso creyera que aún le quedaban balas en el cargador. ¿Por qué no habría de creérselo? Adam había disparado tan deprisa que casi seguro que el individuo no podría haber contado los disparos. Y aunque los hubiera contado y supiera que había hecho diez disparos, ¿cómo sabría que no tenía más munición?

La estrategia dio resultado, o acaso el tipo estaba aterrorizado. Lo oyó salir corriendo y golpearse con algo —¿la consola?—, y a continuación oyó abrir y cerrar la puerta de la calle; el hombre se había largado.

—Adam.

Se volvió de golpe, sintiendo una punzante sacudida en el pecho. Entonces cayó en la cuenta de que Dana y Marissa estaban allí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su mujer.

—¡Volved al dormitorio! —les gritó.

—¿Te encuentras bien? —repitió Dana.

—¡Haced lo que os digo!

Las dos entraron en el dormitorio, y Dana cerró la puerta. A Adam le preocupaba el tipo de las escaleras. ¿Y si seguía vivo?

Extendió la mano hacia la pared del otro extremo del descansillo y puso el pulgar sobre el interruptor de la luz. Titubeó, no estando seguro de que aquélla fuera una gran idea. Podría ser que el tipo tuviera el arma apuntada hacia lo alto de las escaleras, y estuviera esperando a que Adam fuera un blanco seguro.

Encendió la luz y se tranquilizó al ver que el intruso, que llevaba un pasamontañas negro, estaba hecho un guiñapo al pie de la escalera completamente inmóvil. Empezó a bajar, poco a poco, sin apartar los ojos del cuerpo.

A medida que se fue acercando, vio que el sujeto era de piel oscura, con pinta de latino, quizá puertorriqueño. Tenía la cara y el pecho perdidos de sangre, y donde había estado el ojo izquierdo había un enorme agujero por el que rezumaban la sangre y una sustancia gris; también le faltaba un buen pedazo de la mandíbula.

Se quedó mirando fijamente el cadáver un rato, tratando de asimilar lo que había hecho.

Había disparado a un hombre. Había disparado y matado a un hombre.

Luego miró hacia la mano derecha del muerto. Dos escalones por encima de la cabeza había una linterna, pero no vio ningún arma por ninguna parte. Tal vez estuviera debajo del cuerpo.

Como en un trance, siguió mirando de hito en hito al hombre que había matado, hasta que la policía empezó a aporrear la puerta de la calle.

2

Eran casi las cuatro de la madrugada, como unas dos horas después del tiroteo, y la casa de los Bloom seguía llena de policías. Dana y Marissa estaban en el estudio de la planta baja con las amigas de la primera, Sharon y Jennifer, que habían acudido al oír los disparos. Adam estaba sentado a la mesa del comedor, enfrente del detective Clements, un tipo canoso y avejentado que apestaba a tabaco.

—Así que vio a Sánchez en el hueco de la escalera —dijo Clements.

La policía había encontrado un carné de conducir del estado de Nueva York y otra documentación en la cartera del muerto, y habían averiguado que la víctima era Carlos Sánchez, de treinta y seis años y residente en Bayside, Queens. Ya habían hecho sus averiguaciones sobre el sujeto, y descubierto que era un delincuente profesional con un amplio historial delictivo; había salido de la penitenciaría de Frish-kill hacía seis meses, donde había estado cumpliendo numerosas condenas por tráfico de drogas. Adam ya había detallado todo lo que había ocurrido antes del tiroteo al menos una vez, pero Clements seguía hurgando en busca de detalles.

—Bueno, verle no le vi —respondió Adam—. Vi una figura. Ya sabe, una sombra.

Estaba agotado, de ahí que le resultara difícil concentrarse. La noche entera se le antojaba surrealista: la pesadilla con la rata negra gigante, su despertar, el tiroteo, y ahora estar sentado allí con aquel detective. Sabía que tardaría algún tiempo en poder asimilar y aceptar lo que había hecho. Mientras, le iba a explotar la cabeza de tanto que le dolía, y tres analgésicos no habían hecho el menor efecto.

—Sin embargo, se dio cuenta de que se trataba de un hombre —prosiguió Clements.

—Sí —replicó—. Bueno, oí el ruido procedente de abajo, que tosía o carraspeaba o lo que fuera. No había duda de que era un tío. Mi esposa y mi hija también lo oyeron.

—Y entonces le disparó.

—No, no ocurrió tan deprisa. Quiero decir... —Tuvo que pensar; durante un momento no fue capaz realmente de recordar lo que había ocurrido, el orden exacto de los acontecimientos. Todo estaba borroso, fuera de su sitio. Entonces dijo con firmeza—: No le disparé sin más. Primero vi que hacía un movimiento, como si fuera a sacar un arma.

—¿Vio el arma?

—Creí verla, sí. —Se sentía incómodo, como si Clements estuviera tratando de pillarle en una mentira—. Bueno, pude verle el brazo. Él estaba subiendo por la escalera y tuve miedo de que de un momento a otro se pusiera a disparar. Mire, ¿qué se suponía que tenía que hacer? Ese sujeto estaba en mi casa, subiendo por las escaleras, y mi esposa y mi hija estaban en el dormitorio. No tuve alternativa.

—¿Le hizo alguna advertencia?

—¿A qué se refiere?

Había oído la pregunta; sólo quería estar seguro de la forma de responder. Y también estaba empezando a molestarle la conversación en general.

—¿Le advirtió que tenía un arma y le pidió que arrojara la suya? —le aclaró Clements.

—No, pero le dije que se largara de mi casa, o algo parecido.

—¿Y qué respondió?

Adam se acordó de que el individuo en cuestión había dicho algo, empezado a hablar, que había dicho algo como: «Por favor, no». No se lo había mencionado a Clements porque no le pareció necesario. De todas maneras, ¿en qué cambiaría las cosas?

—No creo que dijera nada —dijo—, pero, mire, esa parte ocurrió demasiado deprisa. Pensé que estaba a punto de ponerse a dis-

parar, que él estaba en mi casa. ¿Por qué? Tenía derecho a defenderme, ¿no es así?

—Sí, lo tenía —admitió Clements.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que me está interrogando?

—No le estoy interrogando, le estoy preguntando.

—¿Y cuál es la diferencia?

Clements casi sonrió antes de decir:

—Mire, no creo que tenga que preocuparse legalmente de nada, ¿de acuerdo, doctor Bloom? Se encontraba en una situación difícil e hizo lo que tenía que hacer. Fue víctima de un allanamiento y, sí, eso le da el derecho a protegerse. Mientras tenga la licencia de armas al día, no creo que vaya a tener ningún problema. Tan sólo tengo que decir que es una suerte que no sea un poli. —Volvió una hoja en su libreta, y preguntó—: ¿Y qué hay del otro intruso?

—¿Qué pasa con él?

—Con él. También dijo eso antes. ¿Cómo sabe que era un hombre?

Adam pensó en ello durante un instante —seguía teniendo dificultades para pensar con claridad—, y dijo:

—Supongo que no lo sé. Me imaginé que tenían que ser dos tíos.

—Pero cuando disparó el arma no sabía que había un segundo intruso.

—Así es.

—Así que supongo que ésa es la razón de que vaciara un cargador entero, ¿eh? No creyó que tuviera que ahorrar balas para nadie más, ¿verdad?

Clements ya había sacado el tema de por qué Adam había hecho diez disparos, y le había explicado que lo había hecho porque no estaba seguro de si había alcanzando al tipo, que sólo había tratado de defenderse. Pero no le gustó la manera en que el detective lo estaba planteando de nuevo, como si estuviera intentando llegar al fondo de algo.

—Sólo quise asegurarme de que lo... —Estuvo a punto de decir «mataba», pero dulcificó la expresión a tiempo— alcanzaba antes de que me alcanzara a mí.

Clements, sacudiendo la cabeza mientras examinaba la libreta, dijo:

—Por suerte no es policía, doctor. Menos mal que no es un policía.

Adam se había hartado.

—¿Hay algún problema si reanudamos la conversación más tarde o por la mañana? Estoy agotado, la cabeza me está matando y esta noche lo he pasado realmente mal, como es evidente.

—Lo entiendo, pero todavía quedan algunas cosas que tengo que aclarar, ¿vale?

Adam respiró hondo.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo —dijo Clements—, el tema de cómo exactamente entraron los intrusos en la casa.

Ya habían repasado eso también, al menos un par de veces. La policía no había encontrado señales visibles de forzamiento, aunque tanto la puerta trasera de la cocina como la puerta principal habían sido abiertas con llave, y el sistema de alarma desactivado. Le había contado al detective que estaba seguro de haber puesto la alarma antes de irse a la cama, igual que hacía cada noche.

—¿No hemos tratado todo esto ya? —preguntó Adam.

Comportándose como si no lo hubiera oído, Clements preguntó:

—¿Está seguro de que cerró con llave y puso la cadena de la puerta delantera antes de irse a dormir?

—Sí.

—¿Es posible que saliera, o lo hicieran su esposa o su hija, a lo mejor al sacar la basura o algo parecido, y se olvidara...?

—No, anoche fui el último en acostarme, y eché la cadena a la puerta. Siempre cierro con llave y pongo la cadena si soy el último en irme a dormir, es parte de mi rutina nocturna. Me aseguro de que el

gas está cerrado en la cocina, cierro con llave todas las puertas, pongo la alarma y me voy a la cama.

—Así que dando por supuesto que todo eso sea correcto, el otro intruso debió de quitar la cadena de la puerta delantera al salir de la casa.

—Eso tuvo que ser lo que ocurrió —admitió Adam—. Oí cerrarse la puerta delantera de un portazo.

—Por consiguiente, eso significa que los intrusos probablemente entraron en la casa por la puerta trasera.

—Sí —dijo Adam, frotándose la nuca para intentar aliviar parte de la tensión.

—¿Y está seguro de que puso la alarma y de que nadie más la desactivó después de que la conectara?

—Estoy seguro.

—Pero la alarma no estaba conectada cuando llegamos, ¿es eso correcto?

—Sí la alarma hubiera estado conectada, el tipo... —Adam se contuvo—, el otro intruso la habría activado al salir.

—Eso parece lo más lógico —corroboró Clements—. Entonces ¿quién...?

—No tengo ni idea —le interrumpió.

El detective le fulminó con la mirada, aparentemente irritado por haberle cortado, y entonces continuó en voz un poco más alta.

—Entonces ¿quién, aparte de usted y su familia, conoce el código de la alarma?

—Nadie más lo conoce.

—¿Alguna vez le ha dado a alguien el código por cualquier motivo?

—No.

—¿Le ha preguntado a su esposa o a su hija...?

—Se lo preguntó usted directamente, y le dijeron que no, ¿no es así?

—Ahora se lo estoy preguntando a usted.

—¿Qué es lo que me está preguntando? ¿Si mi esposa y mi hija le mintieron?

—O si no estaban siendo completamente sinceras.

—¿Y cuál es la diferencia?

Clements mostró una sonrisa sarcástica, como si estuviera disfrutando del intercambio de palabras, pero Adam siguió serio como un muerto.

—Ellas no le han dado el código a nadie —dijo—. Nadie le ha dado el código a nadie.

—Lamento hacer de abogado del diablo, doctor Bloom, pero a menos que Houdini haya entrado a robar en su casa, alguien se hizo con ese código

—Tal vez lo robaran —objetó Adam— en la empresa de seguridad. Puede que les piratearan el sistema informático o lo que sea.

—Investigaremos esa posibilidad —admitió Clements—, pero nadie roba un juego de llaves de una empresa de seguridad. ¿Usted o alguien de su familia le prestó un juego de llaves a alguien?

—Ya le dije que sólo tenemos tres juegos de llaves de la casa y uno más de repuesto, y el de repuesto sigue estando donde estaba.

—Puede que alguien haya tenido acceso a las llaves. ¿Alguien que trabaje en la casa?

Adam lo consideró un instante antes de hablar.

—Tuvimos unos pintores en casa hace unas semanas, pero esos tipos no han tenido nada que ver con esto.

—Su esposa me ha facilitado los nombres de los pintores, el electricista, su asistente y su jardinero. ¿Se le ocurre alguien a quien deberíamos investigar?

—No —respondió Adam.

—Me he fijado en que las llaves de la puerta trasera no son difíciles de duplicar —puntualizó Clements—. Me refiero a que parecen unas llaves normales.

—¿Ah, sí? —respondió Adam—. ¿Y qué? —Los párpados le pesaban, y tuvo la sensación de que podía perder el conocimiento en cualquier momento.

—Bueno, es posible que alguien pudiera haber hecho copia de las llaves en algún momento —dijo Clements.

—Es posible —admitió—, pero nadie sabe dónde guardamos las llaves de repuesto.

Clements pasó una hoja y dijo:

—Su esposa me dijo que habían previsto marcharse a Florida varios días, ¿cierto?

—Así es —replicó Adam—, para visitar a mi madre.

—¿Y cancelaron el viaje por culpa de una tormenta?

—Exacto. Oímos que había una tormenta tropical a poca distancia de la costa. Dijeron que podía convertirse en huracán y alcanzar a Florida, así que pensamos que podríamos ir en otra ocasión.

—¿Cuándo decidieron no ir?

Adam pensó en ello un momento, frotándose la nuca una vez más.

—Hace dos días.

—¿Quién sabía que cambiaron de planes?

—Nadie —respondió Adam—. Bueno, tuve que notificárselo a algunos pacientes para cambiar la hora de las citas, y supongo que Dana y Marissa se lo dirían a algunas personas, pero no pusimos ningún anuncio en el periódico.

El detective, a quien no le hizo gracia la respuesta, preguntó:

—¿Alguna vez ha tenido algún paciente con tendencia a la violencia?

Adam pensó inmediatamente en Vincent, un paciente al que llevaba viendo desde hacía más o menos un mes y que le había contado la paliza que, semanas atrás, le había propinado a un sujeto durante una pelea de borrachos. También estaba Delano, un cuarentón que había apuñalado a su hermano —no mortalmente— cuando era niño.

—Sí —reconoció—. Tengo algunos.

—¿Alguien que le haya amenazado últimamente?

—No —dijo Adam—. En realidad, rara vez he tenido que en-

frentarme a una situación así, si es que alguna vez lo he hecho. Soy psicólogo, no psiquiatra. Si tengo un paciente que muestra signos de esa clase de inestabilidad, lo derivo a otra parte.

—Así que supongo que se le da bastante bien lo de saber si alguien es inestable o no, ¿eh? —sugirió el policía.

A Adam no le quedó muy claro la razón por la que Clements le estuviera preguntando eso, no sabía si tenía algún propósito concreto o sólo trataba de hacerse el listillo.

—Creo que se me da bastante bien, sí.

—Entonces puede que se haya equivocado de profesión —comentó Clements—, tal vez debería estar haciendo mi trabajo. —Sonrió con suficiencia, y preguntó—: ¿Su hija trae amigos a casa?

—Por supuesto —respondió Adam—. Vive aquí.

—¿Se consume alcohol o drogas en la casa?

—¿Cómo dice?

A Adam no le gustaron los derroteros que tomaba aquello.

—Sánchez tenía múltiples antecedentes por tráfico de drogas. Puede que su hija lo conociera o fuera cliente suya.

—Es imposible que ella lo conociera, ¿vale?

—A lo mejor tiene un amigo, o un amigo de un amigo, o alguien a quien haya podido invitar a entrar en la casa, alguien que conociera el lugar, que podría haber...

—Mi hija no tiene nada que ver con esto.

—Doctor Bloom, sólo estoy...

—Y no tiene ningún amigo que hurte llaves o robe casas. Sus amigos son todos gente normal y encantadora, igual que ella.

—Me he fijado en la pipa de agua que hay en su habitación, doctor Bloom.

Una vez más, aquello le pareció algo más que «unas preguntas rutinarias».

—¿Adónde quiere llegar? —preguntó Adam.

—Estoy tratando de descifrar cómo esos intrusos entraron en su casa.

—Sí, tiene gracia, porque parece como si estuviera tratando de

decir otra cosa. Mi hija no ha tenido nada que ver con esto, ¿de acuerdo?, así que dejémosla fuera.

El detective no pareció convencido, aunque preguntó:

—¿Qué hay de sus parientes?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Alguna enemistad en la familia? ¿Alguien con motivos para sentir rencor?

Pensó en Dana y su hermano, Mark, el maníaco depresivo. No se llevaban bien y hacía años que no se hablaban, pero Mark vivía en Milwaukee y era evidente que no tenía nada que ver con todo aquello, así que no le vio ningún sentido mencionarlo siquiera.

—No —respondió—. No hay nada parecido. Esto no tiene nada que ver con mi familia. Ni hablar. Seguro.

El detective cerró su libreta —por fin— y dijo:

—Por el momento es suficiente. Pero quiero que piense en quién podría haberse hecho con las llaves y el código de la alarma. Ahora mismo esto parece tener todos los ingredientes de que se trate de algún tipo de trabajo desde dentro. La persona o «personas» que han entrado en su casa no sólo han podido hacerlo sin problemas, sino que parecían conocerla muy bien. Vaya, que sabían que no tenía cadena en la puerta trasera y que podían entrar por allí, así que parece como si al menos uno de los autores hubiera estado en la casa con anterioridad. Puede que fuera un técnico o un fontanero, un transportista, que trajera una alfombra o lo que fuera. Así que si se le ocurre alguna ocasión en la que alguien pudiera haber tenido acceso a la llave y al código de la alarma, ¿le importaría comunicármelo lo antes posible?

—Se lo haré saber de inmediato —dijo Adam, levantándose.

—Ahora voy a tener que hablar de nuevo con su esposa y su hija —informó el policía.

—¿Me toma el pelo?

—No nos llevará mucho tiempo, pero tengo que hablar con ellas.

—¿Por qué no se puede dejar hasta...?

—Porque no se puede, ¿de acuerdo? —Su tono no dejó lugar a la discusión.

Adam y el detective salieron para dirigirse al salón, donde Dana y Marissa estaban sentadas en el sofá, enfrente de Sharon y Jennifer. Por decirlo de una manera suave, estar cerca de Sharon siempre era violento para Adam, sobre todo cuando Dana estaba en la misma habitación.

Unos cinco años atrás, cuando Adam y Dana estaban pasando por graves dificultades en su matrimonio, Sharon y su marido, Mike, también estaban teniendo problemas en el suyo. Sharon le llamó un día al trabajo y le preguntó si podía pasarse por su consulta para que le diera algunos consejos. Adam le dijo que por él no habría problema, así que quedaron en que la vería a las siete de la tarde, su última cita del día, cuando los demás psicoterapeutas ya no estuvieran en la consulta. Adam le dio algunos consejos matrimoniales de manera informal, y luego insinuó que las cosas no iban tan bien en su propio matrimonio. Había sabido muy bien lo que estaba haciendo —sacando a la luz su vulnerabilidad para hacer saber a Sharon que estaba interesado en ella—, sabedor ya de que ella se sentía atraída por él, puesto que llevaba años insinuándosele. Se compadecieron mutuamente sobre sus matrimonios durante un rato, y entonces ella le confesó que tenía frecuentes fantasías sobre que «ocurriera algo» entre ellos. Adam, que aconsejaba prácticamente a diario a gente que tenía alguna aventura, sabía que enrollarse con Sharon sería un tremendo error que podría originar una brecha en su matrimonio imposible de arreglar. Pero saber lo que hay que hacer y hacerlo realmente son dos cosas muy diferentes. Era tan humano como cualquier otro y, al sentirse adulado por el interés de otra mujer, simplemente no fue capaz de resistirse a ella.

Sólo tuvieron relaciones sexuales esa única vez, en el diván de la consulta. No había ningún problema ético, puesto que en realidad no estaba tratando a Sharon, pero no quería emprender una aventura en toda regla con ella ni enfrentarse al dolor y al drama que inevi-

tablemente se derivarían de aquello, así que optó por la prudencia y le dijo —y ella aceptó— que tenían que considerar aquello como flor de un día y seguir adelante con sus respectivas vidas. Sharon acabó resolviendo las cosas con su marido, y Dana y Adam iniciaron una terapia de pareja y lograron mejorar su relación conyugal; bueno, en su mayor parte. Él seguía teniendo la sensación de que había graves problemas subyacentes en su relación, en especial la falta de cercanía, y pensó en confesar su aventura con Sharon. Por lo general, aconsejaba a sus pacientes que confesaran las infidelidades, porque creía que era realmente la única manera de hacer cicatrizar las heridas y restablecer el acercamiento y la confianza en el matrimonio. Pero en su caso, y dado que no se sentía implicado afectivamente con Sharon, decidió que confesar la aventura sólo serviría para herir a Dana, y que haría más daño que otra cosa. Por consiguiente, en su lugar siguió esforzándose en analizar los motivos que le habían llevado a tener la aventura y en organizar estrategias que le convirtieran en un marido mejor. Aunque se arrepentía de lo que había hecho, se negó a culpar a Dana o a sí mismo. Los matrimonios tenían altibajos, y su pequeño desliz apenas podía ser considerado atípico. Dadas las circunstancias, había hecho todo lo que había podido, y si en el futuro volvía a encontrarse en una situación similar, trataría de tomar una decisión mejor.

Habría preferido cortar por completo la relación con Sharon, pero, por supuesto, tal cosa era imposible. Se veían a menudo por el barrio o en fiestas, y ella y Dana eran buenas amigas, de la misma manera que Marissa lo era de la hija de Sharon, Hillary. Él y Mike jugaban de vez en cuando al golf en el club de campo de Adam y se llevaban bien. Sharon y él siguieron mostrando su mutua simpatía, pero, aunque evitaban hablar de la aventura, entre ambos había una ardiente atracción que probablemente seguiría allí durante el resto de sus vidas.

El detective Clements le preguntó a Marissa si le importaba acompañarle al comedor.

La chica parecía agotada.

—¿Otra vez? —preguntó.

—No pasa nada —terció Adam, fulminando al policía con la mirada—. No os llevará mucho tiempo.

Cuando su hija y Clements se marcharon, Dana les dijo a Sharon y a Jennifer:

—Deberíais iros a casa ya, es tarde.

—¿Estás segura? —preguntó Sharon—. Porque si quieres que nos quedemos...

—No, va todo bien, de verdad. Hablaré con vosotras mañana.

—Ya sé —dijo Jennifer—, traeremos bollos y café por la mañana.

—No es necesario que lo hagáis —insistió Dana.

—No, queremos hacerlo —terció Sharon.

Sharon y Jennifer la abrazaron por turnos y luego se acercaron y abrazaron a Adam. Procurando hacer caso omiso del muy familiar olor del perfume de Sharon y de que éste le estaba empezando a provocar una erección, Adam dijo:

—Muchas gracias por venir.

Lo dijo en serio, de todo corazón. Era todo un detalle por parte de Sharon pasar a verlos en plena noche para apoyarlos. No tenía ninguna obligación de hacerlo.

—Cómo no iba a venir —replicó ella—. ¿Por qué no habría de hacerlo?

Cuando Sharon y Jennifer se hubieron ido y Dana y Adam se quedaron solos en el salón, ella preguntó:

—¿Por qué quiere volver a hablar con Marissa?

No quiso contarle que Clements había hecho mención de la pipa de agua que había en la habitación de Marissa, sabiendo que eso sólo serviría para inquietarla. Decidió que le hablaría de ello por la mañana.

—Creo que sólo quiere hacerle algunas preguntas rutinarias más —la tranquilizó—. Sabe lo cansados que estamos, así que creo que sólo estarán unos minutos.

Se dio cuenta de que Dana sabía que le estaba ocultando algo

—una mujer siempre sabe; a decir verdad, casi siempre—, pero ella lo dejó correr.

—Bueno, ¿cómo lo llevas? —preguntó Dana.

—Bien, dadas las circunstancias.

—Tal vez deberías hablar con alguien.

Antes, el detective Clements le había preguntado si quería hablar con un psicólogo, lo que a Adam se le antojó una pregunta un tanto rara para hacérsela a un psicólogo.

—Haré una sesión con Carol —comentó.

Carol Levinson era una de las psicoterapeutas con quien Adam compartía consulta. No estaba en tratamiento formal con ella, pero hablaban cuando lo necesitaba.

—No te preocupes por mí, estaré bien —continuó—. ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien —contestó ella—. Supongo.

Había cierta frialdad en el tono empleado por Dana, un trasfondo de hostilidad, y Adam sabía que tenía que ver con el arma. Su esposa se había opuesto a tenerla en casa, y le había pedido varias veces que se deshiciera de ella. Él le había explicado que le parecía que era necesaria, y también que se sentía demasiado vulnerable y desprotegido sin la pistola, y al final Dana había decidido que, siempre que la mantuviera oculta, por ella no había problema. Pero ahora sabía que estaba resentida y que le culpaba en secreto por el tiroteo. Por supuesto, no diría nada al respecto; al menos no en ese momento. No, ése no era su estilo. En situaciones así, siempre evitaba el enfrentamiento y con frecuencia se mostraba silenciosamente agresiva. Primero lo dejaría hervir a fuego lento durante algún tiempo para aumentar el dramatismo, y luego, puede que al cabo de un par de días, lo sacaría a colación.

—Te diría que te fueras a dormir ya —dijo Adam—, pero creo que Clements también va a querer a hablar contigo otra vez.

—Lo único que quiero es a todos esos policías fuera de casa.

—Yo también. Pero ya no pueden demorarse mucho más.

—¿Sigue el cadáver ahí?

—No lo sé, no lo he comprobado.

—¿Siguen fuera los periodistas?

—Probablemente.

—No quiero salir en los periódicos —manifestó Dana—. No quiero que mi nombre ni tu nombre, ni por supuesto el nombre de Marissa, aparezcan en las noticias.

—No creo que haya manera de evitarlo.

—Dios mío, ¿crees que será noticia de primera plana?

Adam creía que el asunto podía ocupar la primera plana de todos los principales periódicos —un tiroteo en un barrio acomodado de Nueva York tenía que ser una noticia importante—, pero quiso apaciguarla y dijo:

—Lo dudo.

—Sin duda saldrá en los noticieros de la televisión —vaticinó Dana, que no parecía apaciguada en lo más mínimo—. Vi todas las cámaras ahí fuera. En el de New York One seguro, y probablemente en todos los informativos locales.

—Nunca se sabe —dijo Adam—. Mañana habrá probablemente otras grandes noticias, y ésta acabará enterrada.

Vio que Dana seguía sin creerse ni una palabra. Bueno, al menos él lo había intentado.

—¿Y qué hay del otro sujeto? —preguntó Dana—. ¿Te ha dicho algo el detective de que cree que vayan a encontrarlo?

—Estoy seguro de que darán con él pronto, puede que antes de mañana —dijo Adam. Se daba cuenta de lo alterada que estaba, así que la besó y la abrazó con fuerza—. Siento muchísimo todo esto. De verdad. —Mantuvo el abrazo un rato más, y supo que Dana estaba considerando volver a decir algo acerca del arma, y que estaba necesitando echar mano de todo el dominio sobre sí misma para no arremeter contra él por el tema.

Así que se soltaron.

—Sólo quiero que todo esto desaparezca. Quiero irme a dormir y despertarme y descubrir que nada de esto ha ocurrido jamás —dijo Dana.

Varios minutos más tarde, Marissa regresó de hablar con el detective, y entonces Dana entró en el salón para responder a algunas preguntas más. La chica parecía afligida, lo que hizo que Adam se sintiera fatal. Antes le había llamado papaíto, y se dio cuenta de que a pesar de todo su mal comportamiento reciente, seguía siendo su niña pequeña. Le dio un fuerte abrazo y la besó en la coronilla.

—No te preocupes, chiquilla. Las cosas volverán pronto a la normalidad, ya lo verás.

Seguía habiendo policías y demás personal policial en la cocina, en el salón y sobre todo cerca de la escalera, que espolvoreaban en busca de huellas y, según parecía, de otras pruebas forenses. Adam miró por la ventana y vio que las furgonetas de los medios de comunicación seguían allí, y que los periodistas merodeaban por el césped; y también había algunos vecinos. Sabía que probablemente los periodistas estaban esperando para hablar con alguien de la familia, confiando en obtener alguna buena y jugosa declaración, así que decidió que debería quitárselos de encima.

Salió de la casa y aquello le resultó muy surrealista: de pie delante de su casa a las cuatro de la mañana, con todas las luces en la cara y los periodistas haciéndole preguntas a gritos. Reconoció a un par de ellos: a «No sé qué Olsen», de Fox News, y al joven negro del Canal 11. Alguien sujetaba una pértiga con un micrófono en el extremo sobre su cabeza, y algunos periodistas le estaban metiendo los micrófonos de la ABC, WINS, NY1 y otras emisoras en la cara. No estaba acostumbrado a esa clase de protagonismo; por lo general trataba de evitar ser el centro de atención. Llevaba años padeciendo glosofobia, una especie de terror a hablar en público, y normalmente procuraba quedarse en segundo plano y ser un mero observador. En los congresos de psicología jamás hacía una presentación a menos que fuera absolutamente inevitable, y entonces se veía obligado a recurrir a diversas estrategias cognitivo-conductuales para sobreponerse a su angustia.

—¿Por qué le disparó? —preguntó el tipo del Canal 11.

—No tuve elección —respondió, sudando ya—. Estaba subien-

do las escaleras en plena noche, y cuando le grité que se largara, no lo hizo. Creo que cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo que yo.

—¿Sabía que no iba armado? —preguntó «No sé qué Olsen».

—No, no lo sabía.

—¿Lo volvería a hacer? —preguntó a gritos un tipo del fondo.

—Sí —respondió Adam—. Si me encontrara en la misma situación, si alguien allanara mi casa y yo pensara que mi familia corría peligro, creo que lo haría de nuevo. Sin duda.

Hubo muchas más preguntas, y todas tenían el mismo tono ligeramente acusador. Adam estaba sorprendido, porque había pensando que sería tratado con más comprensión por la prensa. Por el contrario, se sintió como cuando Clements le había estado preguntando, como si los periodistas estuvieran tratando de ponerle en un brete, como si intentaran sacarle alguna verdad oculta que no existía.

Pero permaneció allí fuera durante media hora o más, capeando todas las preguntas que le hacían los periodistas con calma y educación. Utilizó las técnicas que a veces sugería a sus pacientes —concentrarse en la respiración, hablar desde el pecho más que desde la garganta— y poco a poco se fue sintiendo más relajado, casi normal. Cuando los periodistas acabaron de preguntar, les dio las gracias por su tiempo y volvió a entrar en la casa.